



inteligente éso vive toda la vida sin problemas. Ella como ya no sabía cómo dárselo a entender, se lo dijo de una manera muy clara: no tengas envidia de ésos que acabas de mencionar, que si aquí en la tierra tienen cielo, después encontrarán el infierno; de no ser así no sería justo que existiese la vida. El niño, al entender algo más dijo: entonces en el cielo sólo están los feos. No hijo mío, también van personas muy bellas porque tienen un gran corazón... Y al cabo de algunos segundos prosiguió: aunque son los menos. Y dicho esto se le grabó una mueca en la boca, ya que la sonrisa hacía mucho tiempo que se le había borrado de sus labios.

Apenas cumplir cuatro años, un domingo de primavera moría el niño en paz, como si la providencia hubiera querido que fuese en un día festivo y al tiempo de las flores, dando a entender así que aquella muerte no era como algunas otras que desgarran el corazón de los familiares para toda la vida; aquello era, por decirlo de alguna forma, una muerte legal. A pesar de la poca gente que vivía en el pueblo, salvo los más ancianos que estaban en la cama o en sus sillas sin poder moverse, todos acudieron al entierro. Vistieron al niño completamente de blanco, como si fuera un serafín, y lo pusieron en un pequeño ataúd, que parecía una urna de un color dorado muy brillante y lleno de adornos. Los pocos niños que habían más o menos de su edad, las madres los asearon y vistieron lo mejor que pudieron y los pusieron, en la iglesia, todos juntos rodeando el féretro con un ramo de flores cada uno, a la altura

del pecho. Los niños, acostumbrados a reír y a jugar, se miraban entre ellos como preguntándose qué actitud debían tomar ante aquella situación. Algunos, ante el deslumbrante preparativo, llegaron a pensar que morir era algo maravilloso. Aquello era una ocasión de las que en la vida se ven pocas: con sus caritas marcadas por el hambre, el pelo mojado hecho hacia atrás y los ojitos salientes mirándolo todo sin ver nada, era un espectáculo para ponerse a llorar a lágrima viva.

La madre no lloraba. Estaba ensimismada en una especie de somnolencia en el que la verdad es tan real que parece un sueño y el sueño es tan irreal que parece verdad; tendría mucho tiempo para llorar.

Después del fúnebre hecho, la casa se quedó también como muerta. La gente del pueblo, cuando pasaba por delante, unos bajaban la cabeza en señal de luto; otros miraban de reojo, como si allí existiera un enigma al que cara a cara no podemos aguantar su mirada.

La madre no salía de casa ni hablaba con nadie. Vivía una vida llena de pena y dolor; la única ilusión que le quedaba era ir todas las mañanas al cementerio a traerle flores a su hijo. Como era alta y delgada, con un pañuelo negro en la cabeza y llevaba tanto luto encima que si se la veía de lejos, cuando salía del cementerio, daba la impresión de que un muerto se había escapado de su lugar de reposo. Como ella no tenía flores, por el camino se entretiene, en los campos, recogiendo margaritas, violetas y algunas otras clases, quedándole por fin, un ramo bastante visible.

El cementerio era el típico de pueblo con sus paredes no demasiado altas, siempre tan blancas y brillantes que cuando el sol estaba en su plenitud y chocaban sus rayos en ellas solían destellos celestiales y una sensación de alejamiento y paz eterna; como si la muerte fuese la luz y, la luz, la vida. Dentro había unos cuantos cipreses. Ella no comprendía si estaban para hacer sombra a los desdichados que están enterrados en el suelo o para demostrar que allí hay algún tipo de vida. Lo que más le atraía de todo eran esas lápidas antiguas hechas a mano, llenas de angelitos y vírgenes que parecen un escenario de pantomima en pequeño, tan bien hechas que, en lugar del papel

que desempeñan, deberían estar en un museo para que los vivos pudiesen contemplar la verdadera artesanía que en ellas hay. Pero ella era muy pobre y no se la podía comprar a su hijo: eran tiempos de miseria.

Un día ocurrió un hecho de singular importancia: estaba de paso por el pueblo un teniente militar de la guerra, que tenía entonces la misión de dar la paga a los soldados. Pero un día tuvo miedo de que le pescara el enemigo y decidió esconder la bolsa con dinero en dicho pueblo. Cuando fue a buscarla ya no estaba donde la había escondido; se ve que alguien la había cambiado de sitio. Pero, a pesar de esto, cuando se enteró de la traición de la casa, se decidió a visitar a la señora y le dijo: le doy mi más profundo pésame por la reciente muerte de su hijo y también por su difunto esposo muerto en el deber de la Patria. Aunque el destino no ha sido amable conmigo, hay veces en la vida que la verdad acusa y lo ruego acepte este dinero, mío, por si se ve necesitada de él. Ella lo cogió y le dio unas gracias que casi no se oyeron. Ahora, si le podría dar a su hijo lo que había deseado.

En aquella casa ya no quedaba nada que hacer; allí, sólo habían tristes recuerdos. Lo único que le pedía a Dios era que no le hiciera muy larga la estancia allí, para así reunirse con su marido y su hijo lo más pronto posible.

La casa estuvo solitaria durante veinte años hasta que, al fin, alguien que no era del pueblo la compró. Aquellas piedras sufrieron y lloraron tanto que estaban blancas como el mismo mal que ellas habían cobijado durante tanto tiempo. Y eran el único testimonio que quedaba de un drama injusto que había sucedido mucho tiempo atrás.

El amigo, interesado, al escuchar la emocionante narración, se quedó pensativo y le dijo que la leyenda tenía más de fantástico que de real. Sin embargo, algo en el fondo de su ser le decía que todo lo que le había contado era verdad. Y se fue calle abajo, muy emocionado, con lágrimas en los ojos.

*"Derribaron la vieja casa  
y sacaron todas las piedras  
llenas de leucemia".*

**¡No siempre en la vida el amor es el único que nos emocional**